

# ¡Cuidado con el Anticomunismo!

## Segunda Parte

Hemos visto la parte negativa del anticomunismo corriente; examinemos ahora qué es lo que los cristianos tenemos que hacer para contrarrestar y neutralizar la acción comunista cada día más dilatada en nuestros países.

Al analizar objetivamente la actuación de nuestros adversarios, el examen nos lleva a una constatación asombrosa: **los comunistas están utilizando nuestras propias armas**, las que los apóstoles y los mártires del Evangelio emplearon en los primeros cuatro siglos de nuestra era y que nosotros hemos relegado en el museo de las piadosas memorias. Estas armas se llaman: espíritu de combate, despreocupación del número, dedicación absoluta a la causa y corrección continua de las fallas del apostolado mediante un severo autocontrol.

“El mundo moderno, ha escrito en alguna parte Chesterton, está lleno de verdades cristianas enloquecidas” (yo diría, más bien, corruptas o degeneradas); y el comunismo, se quiera o no reconocerlo, es una de ellas. Toymbee, en “El mundo y el Occidente” (1958), dijo que “el marxismo-leninismo es una herejía cristiana”. Bertrand Russell le hizo observar que Marx no deseaba reformar el cristianismo, sino acabar con él. Lo que es cierto; sin embargo, el tópico del historiador inglés contiene un fondo de verdad, en el sentido de que Marx ha aprovechado, consciente o inconscientemente, muchas verdades de la tradición judío-cristiana; y Lenin se esforzó en canalizar el movimiento bolchevique según las pautas de las primeras comunidades cristianas, que había profundamente estudiado; y estas directivas, que inculcó a sus prosélitos, han ido extendiéndose y desarrollándose a medida que el comunismo iba conquistando posiciones en todas partes del mundo.

Aquí está la clave de sus éxitos. Ahora esta burda imitación de nuestras fuentes, este intruso usufructo de nuestros métodos de apostolado no me parecen obstáculo para que nosotros —que hemos perdido el empuje inicial y el sentido de comunidad de nuestra religión, que ha degenerado en rutina o se ha transformado en indiferencia— volvamos a nuestra herencia legítima, busquemos nuestras fuentes originales para aprovecharlas; tanto más que ellas encajan en las directivas de los últimos Pontífices hacia la reconquista de aquella sencillez densa y sublime, aquel espíritu de sacrificio y desprendimiento, aquel afán de caridad fraternal que fueron las notas sobresalientes de las primeras comunidades cristianas.

### Volvamos a lo nuestro

Vivir de acuerdo con los principios de la fe que decimos profesar es el único medio para no

fracasar en la lucha contra el comunismo, cuyos adeptos viven realmente los principios que profesan, con un espíritu casi místico de entrega, de desinterés y de sacrificio. Así lo reconoce también Mons. Fulton J. Sheen al escribir: “La gran vergüenza de nuestro mundo es que tenemos la verdad pero no tenemos celo. Los comunistas tienen celo pero no tienen la verdad. El comunismo es como un fuego que se difunde por sí mismo sobre el mundo; es casi un Pentecostés al revés.”

Estas palabras deberían llenarnos de rubor frente a nuestros adversarios. A pesar de llamarnos fieles, somos infieles a nuestros principios; practicamos la religión, pero no somos militantes. He aquí nuestra debilidad, he ahí su fortaleza. Para luchar con éxito debemos invertir las posiciones; conquistar otra vez este espíritu de combate que hemos perdido, este celo de apóstoles que ha pasado a nuestros enemigos. Si logramos realizar esta transformación, justificaríamos el auspicio del mismo Toymbee: “El sentido de la historia podría ser que la gran conquista positiva de Marx fuera la reactivación de la conciencia social-cristiana.”

Escuchemos a un “técnico” del apostolado obrero, el Padre Loew, descargador del puerto de Marsella y párroco misionero en aquella ciudad. Hablando en la **Semana de Estudios Católicos**, a que nos referimos anteriormente, decía entre otras cosas, sacadas de su valiosa experiencia de trabajador y de misionero, lo siguiente: “Me parece que el marxismo es una gran réplica, aunque sea al revés, del Cuerpo Místico. La mayor parte de las vocaciones misioneras han tenido su punto de partida en el redescubrimiento de los valores del Evangelio. Al descubrir estos valores y tratar de traducirlos en la vida, se encuentra uno ante los marxistas. Se produce una suerte de deslumbramiento; se les ve vivir de un amor heroico, de una pobreza imperiosa, en una extraordinaria ausencia de inquietud por el mañana, puesto que son a menudo barridos de fábrica en fábrica, en una lucha apasionada por la justicia. Y esas verdades evangélicas que encontramos en ellos nos deslumbran... Pero estas verdades deslumbradoras llevan insertadas en sí mismas como un cáncer que las corroe, un **contra-Evangelio**. El amor apasionado, heroico de los camaradas va aliado al odio de los que no comparten estas ideas; esa pobreza inagotablemente generosa está asociada a una confianza total en las riquezas colectivas.”

Espíritu de combate, dedicación a la causa —despreocupación por el número. Este es otro de los secretos del éxito de los comunistas; pero antes había sido nuestro resorte, de acuerdo con las enseñanzas evangélicas de la sal y de la levadura. ¿Cuántos eran los Apóstoles que llevaron la revolución de Cristo al mundo grecorromano? Una insignificante minoría. “Un hombre valeroso es mayoría”, ha dicho un filósofo; y esta verdad debe darnos ánimo en el combate; pues, si es

cierto que parecemos los más numerosos, los que están verdaderamente decididos a ser "militantes" somos muy escasos. Pero debemos considerar que también nuestros adversarios representan una fuerza numérica mucho más reducida de lo que aparentan. Su fuerza principal es nuestra propia flaqueza.

En fin hay otro medio que los comunistas, bajo el nombre de "autocrítica", han arrebatado a nuestra tradición, que conoció la confesión pública (la cual se ha mantenido en el interior del claustro, en la práctica de algunas órdenes religiosas); y es el examen y la confesión de sus propios desaciertos y deficiencias, para controlar y ajustar el rumbo, corregir las desviaciones, analizar los esfuerzos hacia la meta.

A decir verdad, este es el único de los medios tradicionales que los cristianos hemos reactivado, en competencia con los comunistas, y ha cobrado un impulso considerable en estos últimos años. No faltan, en esta "nueva ola" de renovación católica, ejemplos de un leal examen de conciencia por parte de sacerdotes y seglares a la vanguardia del movimiento de reevangelización del mundo contemporáneo, sobre todo en el campo social. Un verdadero cristiano no puede hablar de las masas obreras sin un cierto malestar. Su existencia misma, ¿no es para el mundo moderno, al cual pertenecemos, como un constante reproche? La suma de miserias, aflicciones y sufrimientos que ellas representan nos agujonea e inquieta; y esta inquietud irá extendiéndose y propagándose, por olas concéntricas siempre más amplias, en toda la sociedad, hasta llegar a los que tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen un corazón y está cerrado, porque no late al unísono con el corazón de Cristo por falta de caridad.

Han empezado los sacerdotes; y no hablo sólo de los de las Misiones Obreras, porque los que necesitan el Evangelio no son sólo los pobres, sino también, y en primer lugar, los de las clases ricas y acomodadas, víctimas de un egoísmo que no tiene nada de cristiano. Los curas han pasado la línea de frontera que los encerraba en su limitado campo eclesiástico para hacerse misioneros *in pártibus infidelium*; y para encontrar los infieles, los nuevos paganos, no han tenido que trasladarse a la selva, sino ir mucho más lejos: detrás de los muros de las fábricas, en las sórdidas barriadas de la miseria, y también en las opulentas guaridas de los ricos, en los campos blindados del dinero y del poder.

Leía en una de las últimas entregas de la revista católica francesa *Ecclesia* el sabroso relato de cómo el Padre Juan, benedictino, se las arregló en un pequeño centro industrial de Francia, una ciudadela comunista de la *banlieue* parisiense, de la cual el Cardenal Suhard le había confiado la cura. Lo primero que hizo fue cambiar la metalidad equivocada de sus parroquianos, es decir, los "burgueses" que formaban

la mayoría de los feligreses que frecuentaban la iglesia; y empezó por escandalizarlos.

"Si en el siglo pasado, dice el Padre Juan, los cristianos han quedado muy a menudo ausentes de la organización social; si en el siglo en que los Proudhon y los Marx luchaban por la justicia, los cristianos, que sin embargo eran poseedores no sólo de la justicia sino de la caridad y la misericordia, se han dormido, fue quizás porque se habían vuelto ritualistas; o sea, se contentaban con cumplir con sus ritos religiosos, como los antiguos hebreos, pero olvidaban los mandamientos más importantes de la justicia y de la caridad. Y esto pasaba, yo creo, sobre todo porque habían perdido el sentido de la unidad cristiana y su piedad creía encontrar su cumplimiento en sí mismos, sin referencia a los demás.

"La comunidad o, si preferís, la comunión: he aquí el secreto. Nuestra más bella alabanza a la Trinidad Divina será el gran esfuerzo que nosotros debemos hacer para vivir en la comunidad más perfecta con los demás.

"Para los cristianos no ocuparse de sus hermanos equivale a realizar un pecado, tal vez un pecado grave. Al principio sobre todo, se me ofrecía encontrar en mi parroquia algunos buenos feligreses de ambos sexos, quienes me abordaban diciendo: "Sabe, Padre, yo no tengo nada que reprocharme: yo no me ocupo de los demás..." yo les contestaba invariablemente: "Pero, señor (o señora), por eso mismo usted ha hecho un pecado mortal."

"Por supuesto, estas buenas personas en un primer momento no entendían la gravedad de una culpa de la cual hacían alarde, fariseos sin quererlo, como de una virtud cristiana. Entonces yo les invitaba a leer una gran carta que había hecho colocar en la entrada de la iglesia, donde leían estas palabras. "Es un pecado mortal no ocuparse de su prójimo. Cristo lo ha dicho rotundamente: **Tenía hambre, tenía sed, estaba sin alojamiento, desnudo, enfermo y en la cárcel, y vosotros os habéis despreocupado de Mí. ¡Id, malditos, al fuego eterno!**"

"Todos se asombraron, hacían preguntas, acudían en tropel a la misa; y esta misa acabó por encontrar, poco a poco, la pureza primitiva; y hoy no es más un sitio rutinario y sin sentido para cristianos-robots, sino un acto vivificante. Generosas ofertas vienen entregadas al Ofertorio para las obras sociales de la parroquia. Todos ahora participan en las plegarias, los cantos, cada día más adheridos a una comunión fraternal, como los cristianos de los primeros tiempos. Y las relaciones entre trabajadores y "burgueses" son cada día menos tirantes. Y esto, concluye el Padre Juan, está acabando con la propaganda comunista."

#### A la Reforma Social por el Evangelio

En esta era aciaga de lanzadores de satélites y divisores de átomos, lo que se necesita

es reformar la sociedad —es decir, recristianizarla— antes que sea demasiado tarde. Esta civilización que ha vuelto al revés todas las Bienaventuranzas, ¿puede seguir llamándose cristiana? Todos sabemos que “la hora llega, y ya ha llegado”: la hora de la verdad. Pues una sociedad que permite a doce personas convivir en una barraca desencajada donde no caben más de tres —hombres, mujeres y niños todos juntos, —hermanos y hermanas acostándose en la misma yacija, en una promiscuidad que favorece y fomenta la inmoralidad—una sociedad en que las criaturas que viven en los cerros—esta corona de espinas que adornan la frente de nuestras altivas capitales—pueden ser comidas en la noche por ratas (todos lo hemos leído con horror en la crónica de los diarios de Caracas), es una sociedad en descomposición: “ya hiede”, como diría Marta. ¿Que nosotros no tenemos la culpa de todo esto? Puede ser, pero somos colectivamente responsables.

Hoy la sociedad no se reforma si no empezamos por reformarnos a nosotros mismos. Un anticomunismo inteligente no se realizará nunca, si no tenemos el valor de cambiar antes nuestra mentalidad y nuestras costumbres, para luego poder cambiar las estructuras defectuosas y anticuadas. ¿Cómo van a creer los trabajadores a nuestras buenas intenciones, si no empezamos por dar buen ejemplo? La lección del Evangelio es terminante: “¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no consideras la viga que llevas en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.” Lc. 6, 41-42).

Muchos patronos, que vosotros y yo conocemos, rezan el Padrenuestro diariamente, pero con la variante blasfema del poeta francés Jacques Prévert: “Padre nuestro, que estás en los cielos...¡quédate allí!” ¿Por qué tendría El que mezclarse en los asuntos que no le pertenecen? ¿Que no le pertenecen? Aprenda, amigo, que todos los bienes de la tierra le pertenecen; y nosotros no los hemos recibido para nuestro beneficio personal, sino para el bien común, el disfrute de todos.

—Pero, eso es comunismo.

—De acuerdo: el “comunismo” de Pío XI, el que el Cardenal Suhard llamaba “el comunismo del amor”. ¿No se había dado cuenta hasta hoy?

—Pero, pero...—dicen otros patronos cristianos—Hay muchas excepciones. Nosotros, por ejemplo, queremos bien a nuestros obreros y empleados y les tratamos como verdaderos hijos.

—Quizás sí, porque en Latino América, donde existe apenas una industrialización primaria, las relaciones de muchas empresas con sus trabajadores son a menudo paternalísticas. El pa-

ternalismo, como se sabe, consiste en querer sinceramente la felicidad de los dependientes, pero a su propia manera, no a la de ellos: lo que constituye, con la mejor intención del mundo, un atentado contra la libertad. Los obreros no les reprochan a estos patronos que quieran actuar como padres, sino que quieran mantenerlos en un estado de minoridad. Y es cierto que ellos demuestran, a veces, cierta inmadurez emocional; pero, ¿qué se ha hecho para volverlos adultos? Ahí está el problema. Y esto le hace el juego a los comunistas, que desprecian doblemente a estos patronos: en cuanto burgueses y en cuanto cristianos.

¿Y qué decir de tantas señoras “bien”, reunidas en asociaciones piadosas (¿cuánto me gustaría conocer sus Directores espirituales, porque supongo que los tendrán), que organizan veladas benéficas, té-canastas y costureros bajo el patronato de algún Santo con el bombo de la propaganda en las páginas sociales de los diarios? ¿Por qué, estas buenas damas, no se van a los cerros, donde la miseria clama a voz en cuello, o a los hospitales o a la Maternidad, no para echar sermones o entregar limosnas, sino para resolver problemas, salvar familias, amparar niños, consolar aflicciones? Pero no deben escandalizarse si en las chozas encuentran el radio o el televisor, o un hombre sumido en la inconsciencia de la borrachera. (Nosotros también tenemos la culpa de estas degradaciones y de estas evasiones por lo bajo.)

Y si su vista y su olfato son demasiado delicados para resistir estas cosas, bueno, que sigan reuniéndose, no para jugar ni para divertirse sino para coser ropas y ropitas y recoger fondos; pero, ¡por Dios!, no se hagan retratar en los periódicos! A más de ser contraproducente, esto contraviene a un mandamiento preciso del Divino Maestro: “Cuando haces limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.” (Mt. 6,3). ¿Nunca han oído mencionar este precepto? Hagan su lema de una máxima de aquel gran maestro de vida espiritual que fué San Francisco de Sales, que decía: “El bien no hace ruido y el ruido no hace bien.” No hace bien a los bienhechores y tampoco a los beneficiados.

El comunismo no puede ser derrotado si no se vuelve al Evangelio: he ahí el sistema mejor para resolver la cuestión social. ¿Y cómo vamos a proponerlo a los otros si antes no lo llevamos a la práctica nosotros mismos? He hablado de la “nueva ola” de apóstoles cristianos que han empezado a usar con éxito una de las armas tácticas aprovechadas por los camaradas: la autocrítica. En este campo los seglares no se han mostrado inferiores a los clérigos. Su despiadada censura del medio en que viven y de la clase a que pertenecen, su cirugía social que hiere para sanar, sin falsos pudores ni contemplaciones, se desarrolla hoy en una escala cada día más extensa a través de

la prensa, la radio, la televisión; se explana en la novela y en el ensayo; llega hasta la pantalla.

Viene al caso el libro de un conocido escritor francés, católico de tendencia izquierdista, Gilbert Césbron, el autor de "Los santos van al infierno", "Perros sin collar" y varias otras novelas de fondo social. (Los escritores católicos, en Francia, están siempre contra viento y marea: basta recordar a León Bloy, Péguy, Bernanos, Mauriac.) El libro se intitula: "Libertad a Barrabás", y reúne un cierto número de artículos, radiotransmisiones y ensayos de crítica social; entre ellos uno, que abarca casi la mitad del libro, bajo el rubro: "Introducción al método de Poncio Pilato".

Como resulta que ninguna editorial lo haya publicado en su versión castellana hasta hoy, voy a resumir lo más saliente para conocimiento y edificación del lector. Césbron habla a los "burgueses cristianos" (es decir, dos veces responsables), quienes cuando no viven en la ilusión farisaica de cumplir con la Ley, buscan, como el Procurador romano, "lavarse las manos" de la sangre inocente, o sea, no cumplir con lo que es estricta obligación de las clases acomodadas para con las clases menos protegidas de la sociedad. Cinco son las tentaciones a las que sucumben esta categoría de cristianos: la primera es la tentación romántica de vivir separados del siglo, la segunda la ilusión política que lleva derecho a la reacción, la tercera se apoya en el lema cristiano; "todo lo que sucede es providencial", la cuarta es la "buena conciencia" del fariseo de la parábola y la quinta el deber de estado para eximirse de toda participación activa a la obra de saneamiento y bonificación social. La conclusión a que llega el autor es el siguiente dilema: o cesar de ser burgués o cesar de ser cristiano. Aquí van unas cuantas "perlas", que no sé resistir a la tentación de publicar, porque vienen muy a propósito con el argumento que tratamos.

"La buena conciencia de muchos cristianos es a menudo sinónimo de inconciencia.

"Todo, excepto espectador": he aquí una buena máxima para un cristiano. Y esta otra: "¿Imposible? ¡Imposible!"

"¿Qué es preferible: ser una roca o una nave? ¿Producir una linda espuma o avanzar? No es en la retaguardia donde se protege lo esencial, sino más allá de las líneas adversarias. Caminar mirando delante de sí y, si es posible, siempre anticipándose un paso a los demás. Se trata de llegar a tiempo para bautizar este mundo futuro o, más sencillamente, volverlo digno de vivirse, mezclando a la masa esta insustituible levadura: respeto a cada individuo, sumisión de los poderosos a los débiles, vanidad del oro y de la gloria, exilio de la violencia, olvido de sí mismo: el Evangelio.

"No se trata de salvar la cara o salvar lo que pueda salvarse, sino de "salvar lo que estaba perdido"—y nuestras almas al mismo tiempo.

"Creerse en estado de gracia es muchas veces una impostura; sentirse en estado de desgracia, nunca.

"El tópico: "Cada uno para sí y Dios para todos" no es cristiano y debe ser sustituido por este otro: "Yo para todos y Dios para mí".

"Al disfrazar en caridad la simple Justicia desfiguramos la una y la otra.

"La buena conciencia es un anestésico que se usa no para evitar el dolor durante la operación, sino la operación misma. Es una droga; y como todas las drogas, dañina.

"¿El Evangelio no es actual? Sin embargo, Aquel que sabéis ha resucitado de entre los muertos, comprobando, sin una sola palabra, todo lo que había dicho. ¿Qué cosa se necesita para ustedes los ricos? ¿Un enviado especial? ¿Un mensaje personal de Dios: de presidente a presidente?

"La falta de caridad hacia los pobres es la verdadera indigencia de los ricos.

"El poder y el dinero...Pero, ¡pensad en todo lo que podéis hacer con ellos si no habéis desalojado a Cristo de vuestro corazón ¡Al fin y al cabo, también la penicilina no es otra cosa sino una podredumbre.

"Renunciar a sí mismo y a muchas cosas superfluas. En lenguaje de Evangelio, esto se llama "preparar los caminos del Señor". Fácil de decir, pero toda una vida no basta para cumplirlo a cabalidad.

"Si todos los cristianos se preguntasen: "¿Qué haría Cristo en mi lugar?" los problemas y las miserias del mundo se encaminarían hacia una solución. Claro que el Reino de Dios no se instala de la noche a la mañana: alcanzaríamos apenas a hacer de contrapeso al mal del mundo. Pero la balanza que baja pavorosamente se detendría en equilibrio. Y la gran Misión habría empezado."

¿Conclusión? Si queremos combatir y desarraigar el comunismo, los cristianos tenemos que combatir y desarraigar previamente nuestra mentalidad equivocada. El Camino es Cristo, siempre. Jesús, que tuvo compasión de las muchedumbres, hoy se apiadaría de las "masas". Lo siento por Ortega y Gasset, pero esta palabra tan despreciada por el burgués hace pensar en la buena pasta que se amasa para el pan, huele a harina y trigo y llama a la memoria la levadura del Evangelio. Cuando los apóstoles y todo cristiano tendrían que serlo pierden o rehuyen el contacto con la masa... ¡ay!, es otra levadura la que la hará fermentar.

RENZO RICCIARDI